

Francia y las ilusiones del socialismo.

Por

Jorge A. Sanguinety

Todos los observadores de las recientes elecciones en Francia están de acuerdo en que son las más importantes de los últimos cincuenta años para el país. Las causas son dos. Por un lado, los candidatos son los primeros en crecer después de la Segunda Guerra Mundial y representan una nueva generación de políticos. Por otro lado, las líneas ideológicas y las plataformas de política que proponen están claramente definidas. Dichas plataformas casi representan un continuum en el tradicional espectro político que se mueve mono-dimensionalmente (y sin duda de manera simplista) de derecha a izquierda. De esta manera podemos alinear a los candidatos comenzando por la extrema derecha con Jean-Marie Le Pen, seguido por Nicolas Sarkozy (cercano al neoliberalismo que ahora se clasifica como conservador), a cuya izquierda está el centrista François Bayrou y culminada por la socialista Ségolène Royal, que sin ser de extrema izquierda, representa de hecho ese segmento del espectro. Después de la primera vuelta electoral el domingo pasado, las dos opciones que han quedado para los electores están más claras aún, pues habiendo eliminado al extremo derecho con el señor Le Pen y al centro con el señor Bayrou, los electores tendrán que mostrar sus preferencias y expectativas en un ámbito más reducido, pero no necesariamente más simple.

Nadie discute que Francia lleva muchos años confrontando muy serios problemas, económicos, sociales y políticos. En una encuesta reciente un 70 por ciento de los mismos franceses respondieron que creían que el país estaba decayendo. Como nos informa la revista *The Economist*, su Producto Interno Bruto per cápita, una medida de lo que produce una economía por persona, ha caído del séptimo lugar en el mundo al decimoséptimo en los últimos 25 años. Y encima de esto, el estado francés se queda con la mitad del producto para mantener programas sociales y sostener actividades económicas obsoletas. Tanto Sarkozy como Royal afirman que efectivamente Francia tiene serios problemas y proponen cambios, pero curiosamente los cambios más profundos están planteados por el supuesto conservador. Resulta que cuando uno examina en detalle lo que cada uno propone, la señora Royal quiere conservar más las arcaicas políticas de los dos presidentes socialistas anteriores, François Mitterrand y el saliente Jacques Chirac.

Por ejemplo, la señora Royal dice que hay que mejorar la flexibilidad de los mercados de trabajo para sacar a la economía francesa de la modorra crónica en que se encuentra, ya que a pesar de ser la segunda economía en tamaño de la zona del euro, es la que menos crece, mostrando también una alta tasa de desempleo. Sin embargo, la candidata socialista se opone a liberar la norma de trabajo máximo de 35 horas por semana sin darse cuenta que, contra-intuitivamente, esa rigidez obstaculiza la creación de empleo y la inversión que se necesitan para el crecimiento de la economía. Encima de esto, ella

propone mantener el gasto público a los niveles tradicionales lo cual le resta recursos a Francia para la inversión privada por la sencilla razón que hay que pagar mayores impuestos. Además, la señora Royal propone nada más y nada menos que un aumento del 20 por ciento del salario mínimo que supuestamente aumentaría el poder de compra de los asalariados y de este modo estimularía la demanda que así haría crecer la economía de Francia. ¡Un verdadero despliegue de conocimientos de economía! En cualquiera de mis clases de economía la señora Royal hubiese suspendido la asignatura. Según nos informa el Financial Times, uno de los asesores más importantes de esta candidata acaba de renunciar a su cargo alegando que ella es “fuertemente incompetente”.

Bueno, la incompetencia no es monopolio de nadie. Se puede ser de cualquier ideología y ser incompetente. Pero la historia reciente demuestra que los socialistas consumen incompetencia en cantidades sustancialmente mayores que los demás. El error fundamental del socialista es creer que el estado lo puede todo, que pueden eliminar todos los males económicos y sociales de cualquier sociedad si los dejan gobernar suficiente tiempo con entera libertad. Esto efectivamente es cierto en un caso trivial y extremo, como lo ha demostrado Fidel Castro. Si dejamos gobernar de esa manera a los socialistas acaban destruyendo la sociedad “beneficiada” por ellos y de esta manera hacen desaparecer los problemas. Es como el viejo chiste de acabar con la enfermedad matando al paciente.

Por suerte los socialistas no pueden durar en el poder tanto tiempo, pero por desgracia pueden durar lo suficiente y hacer mucho daño como ya lo están aprendiendo los cubanos, pero todavía ni se lo sospechan las mayorías de los venezolanos, los bolivianos o los ecuatorianos. El mismo Sarkozy arrastra ciertos resabios socialistas al no atreverse a proponer una agenda de libertad de mercado, pues incluye el mantenimiento de los absurdos subsidios a la agricultura francesa que acaban frenando su economía.

La principal ilusión del socialismo radica en la falacia de que un estado todopoderoso es capaz de resolver todos los problemas, una idea simplista que es seguida de políticas simplistas, por mentes simplistas (y líderes simplistas u oportunistas). Por otra parte, una amplia gama de libertades no sólo siempre resuelve todos los problemas, ni impide que surjan unos problemas nuevos. Sin embargo en un balance de ventajas y desventajas, la libertad de mercado junto con todas las demás, en un estado organizado de derecho, sigue siendo la mejor manera de organizar una sociedad, aunque muchos ciudadanos no lo entiendan todavía.

Arlington, VA, 24 de abril de 2007.